

prendido, porque pasa su brazo por la ventanilla delantera y tira de la manga al mayoral.

El coche se detiene. La abuela, que ha seguido corriendo, está allí detrás, tocando el estribo; les tiende las manos; su rostro está bañado de lágrimas.

María ha bajado, y la anciana, estrechándola entre sus brazos, la besa, y besa al nietecillo.

— ¡Oh, querida hija mía! le dice; que Dios te acompañe.

Y llora y solloza.

— Mira, hija mía, con Ives conviene ser muy dulce; tomarle por el corazón. Ya verás cómo puedes ser feliz con él. Tal vez yo molesté demasiado con mis llantos y con mis quejas á su pobre padre. ¡Dios te bendiga, querida hija!

Y unidas por su amor á Ives, lloraban juntas.

— Vamos, buenas mujeres, gritó el mayoral; ¿acabarán hoy los abrazos y los lloriqueos?

Es necesario separarlas á viva fuerza. María, sentada de nuevo en surin cón, mira, alalejarse, con los ojos llenos de lágrimas, á la anciana, que se ha dejado caer sobre un guardacantón y sigue sollozando, mientras Perico, agitando su manita regordeta, la saluda por la ventanilla.

LXVI

1° de Enero de 1881.

En el fondo del arsenal de Brest, un poco antes de ser de día, la primera madrugada del año 1881, un lugar muy triste, este fondo del puerto; *La Sèvre* estaba amarrada allí hace una semana.

El cielo había comenzado á blanquear entre las murallas gigantescas que nos rodeaban. Los reverberos, no muy abundantes, daban entre la bruma sus últimas llamaradas amarillentas. Divisábanse ya las siluetas de objetos enormes, que al dibujarse en el espacio despertaban ideas de rigidez desagradable; máquinas formidables, grandes anclas que levantaban sus patas negras; mil especies de formas feas é indefinidas; más allá buques desmantelados con sus contornos de peces gigantescos, inmóviles sobre sus amarras como grandes monstruos marinos.

Silencio profundo en el puerto y un frío de muerte.

No hay soledad comparable con la soledad de los arsenales de la marina de guerra durante las noches, máxime las de días festivos. Al aproxi-

marse la hora del cañonazo de retreta, todos huyen de allí como de un lugar infestado; por todas partes salen millares de hombres, bullendo como hormigas y dirigiéndose apresuradamente hacia las puertas. Los últimos corren temerosos de encontrar cerradas las verjas. La calma se restablece; después nadie, nada.

De tarde en tarde pasa una ronda, á la que los centinelas dan el *¿quién vive?* y que contesta en voz baja el santo y seña. Después un pueblo silencioso de ratas desemboca por todos los agujeros y toma posesión de los buques desiertos y de los vacíos talleres.

De guardia á bordo desde la víspera, habíame dormido muy tarde en mi fría cámara de paredes de hierro. Yo sentía inquietud por Ives; aquella noche los cantos, los gritos de los marineros que llegaban hasta mí desde muy lejos, de los barrios peores de la ciudad, me entristecían.

María y Periquillo estaban en su viaje á Plouherzel; Ives, sin embargo, había querido pasar aquella noche en tierra para solemnizar el año nuevo con antiguos amigos suyos. Habría yo podido detenerle con sólo suplicarle que se quedase para hacerme compañía; pero, ya lo he dicho, continuaba entre nosotros tal tirantez, tanta frialdad, que le dejé partir. Esta noche del

31 de Diciembre es justamente la noche peligrosa en que no parece sino que se apodera de todo Brest un vértigo de alcohol.

Subiendo al puente saludé con melancolía la primera mañana del año nuevo y di principio al paseo maquinal, los cien pasos de cuarto, pensando en mil cosas pasadas.

Pensaba yo, sobre todo, en Ives, que era mi preocupación presente. Desde su última borrachera, en esta misma *Sèvre*, advertía yo que lentamente, de hora en hora, se desvanecía el cariño de este hermano bueno y sencillo, que había sido durante mucho tiempo mi único amigo verdadero. Yo estaba, además, enojado con él porque no sabía conducirse mejor, y me parecía que por mi parte también le quería menos.

Un pajarraco negro pasó por encima de mi cabeza y lanzó, al pasar, un graznido lastimero.

— Bueno, dijo un marinero, que se ocupaba en su aseo matinal con agua fría; ahí va uno que nos felicita la entrada del año. ¡Maldita bestia de mal agüero! Eso es señal de que vamos á ver cosas buenas.

Ives regresó; andaba erguido, y respondió á la lista. Después vino hacia mí, según costumbre, y me dió los buenos días.

En sus ojos, un poco empañados; en su voz,

algo alterada, conocí muy pronto que no había sido completamente juicioso. Entonces, adoptando un tono de mando brusco, le dije :

— Ives, es preciso que hoy no vuelvas á tierra.

Después, afectando indiferencia, comencé á hablar con otros, convencido de que había sido demasiado severo, y descontento de mí mismo.

Medio día. — El arsenal y los buques se quedaban desiertos como en los días de fiesta solemne. Por todas partes se veían marineros muy limpios, con sus trajes de domingo, limpiándose apresuradamente, arreglándose unos á otros su gran cuello azul, y ganando después, á buen paso, las puertas para lanzarse á las calles de Brest.

Cuando llegó el turno á los de *La Sèvre*, apareció Ives con los otros, muy limpio y muy lustroso, con su más hermoso traje.

— ¿Dónde vas, Ives? le pregunté.

Ives me miró con una mirada de disgusto que yo no le conocía, que parecía retarme, y en la que leía yo aún el extravío del alcohol.

— Voy, me dijo, á buscar á mis amigos, marinos de mi país que me esperan y á los que he prometido ir.

Procuré entonces, llamándole aparte, hacerle entrar en razón; obligado á decirlo todo con

rapidez, porque el tiempo apremiaba; obligado á hablarle en voz baja y con ademán sosegado, porque era necesario ocultar á todos esta escena, conocía yo que emprendía mal camino, que no adelantaba nada y que se me acababa la paciencia. Hablaba yo en ese tono que irrita, pero que no persuade.

— Pues bien, sí, lo juro: iré; dijo Ives temblando y con los dientes apretados; como no me encadenen hoy, nadie me impedirá salir.

Se desprendió de mí, desafiándome cara á cara por la primera vez en su vida, y fué á reunirse con sus compañeros.

— ¿Encadenarte? dije; pues bien, Ives, se te encadenará.

Llamé al encargado y di la orden de que Ives fuese encadenado.

¡Oh! La mirada que Ives me lanzó al entregarse, al seguir á su carcelero, delante de todos sus compañeros, para bajar á la cala del buque con su hermoso traje de los domingos.

Se había despejado de pronto, porque su mirada era profunda y clara. Yo fuí quien bajó la cabeza ante aquella expresión de queja, de asombro doloroso y supremo, de súbito desencanto y de menosprecio.

Después entré en mi cámara.

¿Había concluído todo entre nosotros? Así lo creí. Esta vez lo había perdido por completo. Comprendía yo que Ives, con su carácter bretón, no volvería á mí; su corazón, una vez cerrado, no se abría más.

Acababa yo de abusar de mi autoridad contra él, y él era de aquellos que ante la fuerza se yerguen y no ceden.

Había yo suplicado al oficial de guardia que me dejase continuar el servicio durante aquel día, por no atreverme á salir de á bordo. Paseábame siempre sobre las mismas planchas.

El arsenal estaba desierto entre sus inmensos muros. El puente se hallaba solitario.

Cantos lejanos llegaban de las calles bajas de Brest. Abajo, en el sitio de la tripulación, las voces de los marineros de guardia cantaban, con intervalos regulares, los números de la lotería, siempre con las mismas bromas de á bordo, muy viejas ya, pero que siempre les hacen reír :

22; los dos furrieles de paseo.

33; las patas del gallo.

Y mi pobre Ives estaba debajo de ellos, en el fondo de la cala, en la oscuridad, extendido sobre las planchas de hierro con aquel intenso frío y con el grillete al pie.

¿Qué hacer? ¿Dar la orden de que se le pu-

siese en libertad y me lo enviasen? Yo adivinaba lo que sería aquella entrevista : él de pie, impasible, feroz, quitándose ante mí respetuosamente su gorro y desafiándome con su silencio, y separando de mí sus ojos.

Además, si rehusaba venir — y era muy capaz de hacerlo en aquel momento — entonces ¿cómo librarle del castigo en que incurría por esa desobediencia? ¿Cómo sacarle del atolladero en que yo mismo le habría metido haciendo mediar en nuestros asuntos, de él á mí, las ciegas prescripciones de la disciplina?

Caía entretanto la tarde y ya llevaba Ives cinco horas encadenado. Yo pensaba en Periquillo, en María, en aquellas honradas gentes de Toulven que habían puesto en mí su esperanza, y además de esto pensaba en el juramento que yo había prestado ante su madre anciana en Plouherzel.

Sobre todo comprendía yo que aún amaba á mi pobre Ives como á un hermano... Entré en mi camarote y me puse á escribir rápidamente; éste debía ser el medio único entre los dos; con nuestros caracteres las explicaciones verbales no servían de nada. Yo me apresuraba y procuraba escribir en letras gruesas, para que él pudiera leerlas todavía : la noche adelantaba rápida-

mente, y en el arsenal la luz es cosa prohibida.

Después llamé al jefe de armas, y le dije :

— Vaya usted á buscar al preso Kermadec, tráigale usted aquí para hablar con el oficial de cuarto; aquí, en mi cámara.

Yo había escrito :

« Querido hermano : Te perdono, y te suplico que me perdones también. Bien sabes que ahora somos hermanos y que, á pesar de todo, estamos unidos hasta la muerte. ¿Quieres que cuanto hemos dicho y hecho en *La Sèvre* sea olvidado, y quieres intentar otra vez la resolución de ser juicioso? Te lo ruego en nombre de tu madre. Escribe solamente *sí* aquí debajo, ¿quieres? Todo habrá concluído; no volveremos á hablar de ello.

PEDRO. »

Cuando Ives se presentó, sin mirarle ni esperar su respuesta, le dije sencillamente :

— Lee esto que acabo de escribir para ti.

Y salí, dejándole solo.

Ives salió muy pronto, como si hubiese temido mi vuelta, le ví cuando se alejaba y entré en mi cámara para ver.

Debajo de mi carta — con letras aún más

gruesas que las mías, porque la oscuridad era cada vez mayor — había escrito :

« Sí; querido hermano; » y firmado *Ives*.

LXVII

— Juan María, ve corriendo á decir á Ives que le espero en tierra.

Esto ocurría diez minutos después. Era necesario que, después de habernos escrito, nos viésemos para que la reconciliación fuese completa,

Cuando Ives llegó, había cambiado por completo de fisonomía, y animaba su rostro la sonrisa bondadosa y franca que yo no había visto hacía mucho tiempo. Cogí su mano, aquella pobre mano de gaviero, entre las mías; era necesario estrecharla con mucha fuerza para que sintiese la presión porque el rudo trabajo la había endurecido demasiado.

— Vaya, ¿para qué me ha hecho usted eso? No estaba bien; vamos.

Esto fué todo lo que acertó á decir en son de queja.

— Ives, le dije; vamos á pasar juntos en Brest la noche del primero de año : ¿sabes? Comeremos mano á mano en *La Bolsa*. Nunca

lo hemos hecho, y esto nos divertirá. Anda, ve á que te limpien un poco la espalda (la tenía manchada toda, de estar en la cala encerrado), y vámonos.

— ¡Ah! vamos en seguida; ya me limpiaré en tierra. Van á disparar el cañonazo y no tendremos tiempo de salir.

Nos hallábamos precisamente en el fondo del puerto, muy lejos de las puertas, y emprendimos un paso muy parecido á una carrera.

Hacia la mitad del camino estábamos cuando llegó á nuestros oídos el cañonazo; no podíamos salir.

Nos vimos obliados á tornar á bordo de *La Sèvre*, donde estaba oscuro y hacía frío.

Allí, donde existía un fementido fanal, alumbrado por el bombero de guardia y metido en una jaula doble de alambres, y donde no había ni una chispa de fuego... allí pasamos la noche del primer día del año, privados de comer, por nuestra culpa, pero satisfechos y alegres, á pesar de todo, por habernos hallado otra vez y haber hecho las paces.

Y sin embargo, alguna cosa preocupaba á Ives.

— No he pensado en decir á usted esto; pero me parece que debería usted enviarme otra vez

á la prisión hasta mañana, por los otros, ¿sabe usted? que no podrán comprender...

Pero acerca de su conducta en lo porvenir no tenía él cuidado; se encontraba aquella noche muy seguro de sí mismo.

— Ahora, dijo, ya he hallado un medio seguro: nunca bajaré á tierra sino con usted, cuando usted quiera llevarme. Así... ¿comprende usted?

XLVIII

Domingo, 31 de Marzo 1881.

Toulven, en primavera; los caminos llenos de flores. El primer soplo, algo templado, sorprende deliciosamente; pasa por las copas de las hayas y las encinas, por los inmensos bosques llenos de aromas, y nos trae, á esta Bretaña oscura, efluvios de otras comarcas, reminiscencias de países más alegres. Se aproxima el verano, un verano pálido, con tardes largas, muy largas y muy dulces.

Todos hemos salido á la puerta de la cabaña: los dos ancianos Keremenen, Ives, su mujer, después Ana, Corentina y Periquillo. Los cánticos religiosos que antes oíamos á lo lejos van

aproximándose poco á poco. Es la procesión que llega sin alterar su marcha acompasada; la primera procesión de la primavera. Hela ahí, en el camino verde; va á pasar delante de nosotros. — Aúpame, padrino, aúpame, dice Periquillo, que extiende hacia mí sus brazos para colgarse de mi cuello á fin de verlo mejor.

Pero Ives lo quiere para él, y levantándolo mucho, lo coloca encima de su cabeza; Periquillo, viéndose tan alto, se sonríe, y mete sus manos en las ramas espesas de los añosos árboles.

La bandera de la Virgen pasa; llévanla con gran recogimiento y mucha gravedad dos muchachos. Todos los hombres de Tremeulé y de Toulven los siguen, con la cabeza descubierta, viejos y jóvenes, con largos cabellos rubios, ó blancos por la edad, que caen sobre el traje breton adornado con bordados antiguos.

Detrás vienen las mujeres, con sus corpiños negros cuajados de ojos; óyese un breve *rum rum* contenido de voces que pronuncian palabras célticas, y el que producen al agitarse las grandes cofias de muselina blanca con que adornan sus cabezas las devotas. La anciana matrona desfila detrás de todos, encorvada, andando siempre con su trotecillo menudo, siempre con su aspecto de bruja; nos dirige un saludo amistoso, y en

broma amenaza á Periquillo con el bastón en que va apoyada.

Todo aquello se aleja, y también la animación y el ruido.

Ahora vemos, por detrás y desde lejos, toda aquella fila que sube entre las estrechas paredes de musgos; todo aquel sendero lleno de cofias de alas inmensas y de golas blancas.

Se aleja, se aleja todo lentamente, formando *zig-zags*, y siempre subiendo hacia San Eloy de Toulven. ¡Es muy peregrina esta *cola* de procesión!

— ¡Oh! ¡Cuántas cofias! dice Ana, que ha sido la primera en concluir su rosario y que suelta la risa sin disimular el efecto que la producen todas aquellas cabezas blancas, aumentadas por los tubos de muselina.

Todo ha concluido, perdiéndose en las lejanías de la bóveda de hayas; ya no se ve otra cosa que el mullido verde del camino y las florecillas que brotan por todas partes; vegetaciones prematuras que no han tenido el tiempo de ver el sol y que se reúnen sobre el césped en grandes y compactas ramas de un amarillo pálido de azufre, con tintes lechosos de ámbar. Los bretones llaman á estas *primaveras*, *flores de leche*.

Tomo á Periquillo de la mano y lo llevo al

bosque, para dejar á Ives solo con sus suegros. Tienen, á lo que parece, negocios muy graves que discutir; siempre estos asuntos de interés y de particiones que en el campo forman parte muy importante de la vida.

En este caso se trata de un sueño que han forjado, ó han tenido, Ives y su mujer : reunir todo su activo y labrar una casita cubierta de pizarra en Toulven. En esta casita había de destinárseme un cuarto, para mí; mi cuarto : pensaban poner allí antigüedades de Bretaña, que son de mi agrado, y flores y plantas que me gustan. No quieren, en modo alguno, permanecer en grandes poblaciones, y menos que en ninguna en Brest : *es demasiado malo para Ives.*

— Es verdad, dice Ives, que no podré habitar muy á menudo en mi casa; pero cuando pueda venir seremos muy felices. Además, ya comprende usted que esto es para más adelante; para cuando yo me retire : estaré admirablemente en mi casa, con mi jardinito.

¡*El retiro!*... ¡Siempre el mismo sueño que los marineros forjan desde su juventud, como si la vida presente sólo fuese un tiempo de prueba! Retirarse hacia los cuarenta años, después de haber andado las siete partidas; poseer en pro-

piedad un rincón de tierra y vivir en él muy juiciosamente, sin salir de allí nunca; ser *algo* en su concejo, en su parroquia, mayordomo después de haber sido hombre de mar; diablo viejo metido á ermitaño... ¡Cuántos de éstos han sucumbido antes de llegar á esa hora apacible de la edad madura! Y sin embargo, pregúntese á cualquiera : todos piensan en eso.

La *manera segura* que Ives había discurrido para ser juicioso, le había dado excelente resultado; á bordo era el marinero ejemplar de siempre; en tierra no nos separábamos nunca.

Desde aquella jornada, que comenzó con el año 81, nuestras mutuas relaciones habían cambiado por completo : ahora nos tratábamos enteramente lo mismo que hermanos.

En *La Sèvre*, un buque pequeño en que vivíamos, existía entre los oficiales una intimidad cordialísima; Ives estaba ahora entre nosotros. En el teatro, en la fonda, en nuestras excursiones y en nuestras empresas, cualesquiera que fuesen, contábamos con Ives. Él mismo, intimidado al principio, excusándose, evitándolo, había concluído por *dejar hacer*, porque comprendía que le queríamos todos. Yo confiaba en este nuevo procedimiento, tal vez algo extraño;

intentaba acercarle á mí lo más posible, hacerle elevarse sobre su condición y alejarle de sus amigos de otros tiempos.

Esto, que hemos convenido en denominar educación, esta especie de barniz aplicado, por otra parte, muy groseramente sobre muchos otros, faltaba por completo á mi hermano Ives; pero tenía un tacto natural, una delicadeza instintiva muy poco comunes, y que no se enseñan. Cuando se hallaba entre nosotros, sabía mantenerse en su lugar siempre, y tan bien, que él mismo principiaba á encontrarse desembarazado y á gusto. Hablaba muy poco, y nunca para decir esas cosas insustanciales que todos hemos dicho alguna vez. Hasta cuando dejaba su traje de marinero para vestirse de gris oscuro, con guantes de Suecia, aunque conservaba siempre su desenvoltura de pícaro, su cabeza, algo echada atrás y su piel bronceada, adquiría ciertos aires de gran señor.

Divertíanos mucho llevarle con nosotros y presentarle á buenas y honradas gentes, á las que el silencio de Ives y su aspecto imponían y les parecía desdénoso. Y era curioso verle otra vez convertido en marinero y tan buen gaviero como siempre.

Estábamos, pues, Periquillo y yo en el bosque

de Toulven buscando y cogiendo flores, mientras duraba el consejo de familia.

Encontrábamos muchas: belloritas de color amarillo pálido; violadas clemátides, borrazas azules y rojas margaritas; las primeras de la estación.

Periquillo, muy agitado, agarraba cuantas podía, sin saber á dónde acudir, y respirando fuerte, como abrumado por un quehacer muy importante; llevábamelas amontonadas, mal cogidas todas, medio aplastadas entre sus dedos, y con los rabos demasiado cortos.

Desde la altura en que estábamos se descubría bosque hasta donde alcanzaba la vista; los negros espinos ya estaban en flor; todas las ramas, todos los tallos rojizos aparecían llenos de botones, y esperaban la primavera. Allá, muy lejos, la iglesia de Toulven elevaba en medio de aquel paisaje de árboles sus agujas grises.

Tanto tiempo habíamos permanecido en paseo, que habían enviado á Corentina como vigía al sendero verde para que diese aviso de nuestra vuelta. La veíamos desde lejos saltar, brincar y hacer mil diabluras, con su gran cofia y su gola, juguetes del viento; Corentina gritaba: « ¡Cá-talos que llegan, el Pedro grande y el Pedro

pequeño, dándose los dos las manos! » En seguida se puso á improvisar una canción, y repitió eso mismo, cantando un aire muy animado de Bretaña y bailando al compás de la música. Con su gran cofia y con su gorguera, que flotaban, parecía una muñeca acometida de locura. Adelantaba la noche, noche de Marzo, siempre triste bajo la bóveda de follaje formada por los árboles seculares.

Un vientecillo frío se había levantado de pronto y recorría el bosque como un estremecimiento de muerte, después del sol templado del día. Corentina seguía su improvisada canción y continuaba su baile :

Cátalos que llegan,
dándose las manos,
Pedro grande y chico.

—
Dándose las manos
Pedro grande y chico,
chico... *Bugel-du!*

Bugel-du (el hombrecito negro) era el apodo que Ives había llevado de niño, y Corentina lo daba á su primo Perico, aludiendo al color bronceado de los Kermadec. Entonces llamé á Corentina : *Moisel vienn Pen-melen* (señorita de la cabeza amarilla), y le quedó este apodo, que le

cuadraba bien, pues sus cabellos, que le salían siempre de la cofia, parecían hebras de seda de color de oro.

Todos parecían contentos en la cabaña; Ives me llevó aparte para decirme que las cosas se habían arreglado sin dificultad. El suegro les daba dos mil francos, y una tía les prestaba otros mil. Con estos tres mil francos podían comprar terreno á plazos y principiar la edificación en seguida.

Después de comer, fué necesario tomar á toda prisa el coche de Toulven y el tren de Bannalec. Ives y yo volvíamos á embarcarnos y *La Sèvre* nos esperaba el en puerto.

Á cosa de las once, cuando entramos en el alojamiento interino que habíamos alquilado en la ciudad, Ives arregló en vasos llenos de agua, nuestras flores del bosque de Toulven.

Por la primera vez en su vida desempeñaba tal trabajo; admirábase él mismo de encontrar lindas aquellas pobres florecillas, en las cuales hasta entonces no había fijado su atención.

— Nada, nada, decía el buen Ives; cuando tenga yo mi casita pondré flores en ella, porque *hace bonito*. Usted, usted es quien me ha dado idea de estas cosas...

LXIX

En el mar, al día siguiente, 1° de Abril. — Rumbo hacia Saint-Nazaire. — Á toda vela; brisa ruda del Noroeste; no se ven los fuegos de la playa. Entramos en el puerto al amanecer, rota la serviola, quebrado el mastelero.

El 2 es día de paga. Hombres ebrios caen por la noche en la cala y se rompen la crisma.

Nos conceden dos días de licencia cuando menos la esperábamos.

Ives y yo nos ponemos en camino para Tremeulé, en Toulven. *La Sèvre* es una buena embarcación, que no nos aleja nunca por mucho tiempo.

Á las diez de la noche, á la luz de la luna, llamamos á la puerta de los Keremenen y de María, que no nos esperan.

Se levanta á Periquillo á fin de que honre la visita, y se le coloca sobre nuestras rodillas. Muy sorprendido en su primer sueño, nos da los buenos días en voz baja y no vuelve á hacer caso de nosotros. Ciérranse sus ojos á pesar suyo, y su cabecita se cae á un lado y á otro.

Ives, muy inquieto al verle bajar la cabeza y

mirar hacia abajo, con los cabellos sobre los ojos, dice :

— Me parece que tiene un aire... un aire... tristón, taciturno.

Y me mira con ansiedad para adivinar lo que pienso, concibiendo temores de algo grave.

Nadie como mi pobre Ives para concebir esos temores ridículos. Hago saltar sobre mis rodillas á Periquillo, que entonces se despierta del todo, y principia á reir, abriendo mucho sus ojazos, que brillan á través de sus largas pertañas. Ives entonces se tranquiliza y reconoce que, en efecto, el aire de su hijo no es del todo triste, ni muy taciturno.

Cuando su madre le desnuda, parece una estatua griega del Amor.

LXX

Toulven, 30 de Abril.

Esto sucede en la choza de Keremenen, á la caída de la tarde, una tarde Abril.

Somos casi una tribu que volvemos de paseo : Ives, María, Ana, Coarentinita *Pen-melen* (cabeza